

# LOS DICHOS DEL APA PAFNUNCIO

## Colección “Meditaciones”

FABIO CIARDI

# LOS DICHOS DEL APA PAFNUNCIO

*El camino del desierto*



Ciudad Nueva

Título original:  
*I detti di apa Pafnunzio. In cammino nel deserto*

© 2014, Città Nuova Editrice  
via Pieve Torina, 55 - 00156 Roma  
[www.cittanuova.it](http://www.cittanuova.it)

Traducción: *Juan Gil Aguilar*  
Revisión: *Ana Hidalgo*

Maquetación y diseño gráfico:  
*Antonio Santos*

© 2016, Editorial Ciudad Nueva  
José Picón 28 - 28028 Madrid  
[www.ciudadnueva.com](http://www.ciudadnueva.com)

ISBN: 978-84-9715-346-1  
Depósito legal: M-9.080-2016

Impreso en España - Printed in Spain  
Imprime: Estugraf impresores - Ciempozuelos (Madrid)

## Presentación

«Siete monjes probadísimos vivían en aquel eremitorio que confina con los sarracenos, retirados en su celda pero unidos por el vínculo del amor...».

Así arranca una colección de dichos de los Padres del desierto editada en Venecia en 1700 y hallada en la biblioteca entre las estanterías de libros raros. Una ambientación más bien vaga: ¿dónde estará ese desierto «que confina con los sarracenos»? ¿En Egipto, en Siria, en Palestina? También es imprecisa la datación de los monjes cuyos dichos y vicisitudes se narran. Y ¿en qué lengua se escribió el texto original, del cual, a través del latín, proviene la traducción italiana del siglo XVIII?

Quizá el autor haya querido distraer al lector intencionadamente para situarlo ante pensamientos y hechos que poseen un valor intemporal. En su sencillez, ajena a toda docta erudición, el relato de aquellos antiguos monjes refleja sentimientos y experiencias que toda persona puede sentir. Este es quizá el encanto que sigue despertando el monaquismo popular antiguo, vivido en muchos casos por campesinos iletrados pero llenos de

la sabiduría del corazón, capaz de decir algo a los hombres y mujeres de hoy. Por eso me ha parecido oportuno ofrecer algunos de estos textos antiguos.

Son «dichos» esenciales, como lo era la vida en el desierto. De algunos Padres se conserva una sola «palabra», a la que atribuían la experiencia de toda una vida.

He elegido y transcrito los dichos que se refieren a Pafnuncio, un *apa* –o sea, «padre»– poco conocido. Juan Casiano nombra a menudo un Pafnuncio que conoció en el desierto de Sketis, en Egipto. Los *Dichos de los Padres del desierto* recuerdan también a un Pafnuncio llamado Kefala. El nuestro no parece ser ninguno de los dos, sino simplemente uno de los muchos monjes que primeramente poblaron el desierto y luego el cielo.

Nacidos en el silencio, de la soledad del desierto, estos «dichos», que pueden leerse en los momentos de descanso de las ocupaciones cotidianas, durante las vacaciones y en medio del frenesí de la vida actual, espero que ayuden a encontrar un oasis de paz y de serenidad.

FABIO CIARDI

## *La desnudez del desierto*

No era un desierto de dunas de arena dorada modeladas por el soplo del viento. Era un desierto duro, pedregoso, de una austera belleza de otro tipo, con rocas que iban del rosa pálido al verde azulado, del rojo al negro azabache.

Desierto, o sea, páramo escasamente habitado, inhóspito. Para hombres de temple recio, como el apa Pafnuncio, era lugar ideal para el largo camino de la ascesis.

Aquella lejana región árida y desnuda, sin bienes ni comodidades, no permitía ninguna distracción; más bien invitaba a una separación progresiva y radical de todo apego para centrarse en lo que permanece. Allí todo callaba para que una sola voz pudiera ser oída y reconocida.

Tierra privilegiada para la lucha con Satanás, que hacía surgir las falsedades y los ídolos mendaces que pueblan el corazón humano. Nada más había donde poderse ocultar. Cada anacoreta se hallaba desnudo ante sí mismo y ante el Dios único y verdadero. La tentación y

la prueba lo conducían al pleno conocimiento de quién era él y quién era Dios.

Lugar de muerte del hombre viejo, el desierto sacaba a la luz la imagen y la semejanza de Dios, la verdadera identidad del hombre nuevo.

Una sola palabra oían aquellas rocas:

Conocerme a mí, conocerte a ti.

Yo no soy nada, Tú lo eres todo.

Tú eres, Señor, mi único bien.



## *¿Seducido por el desierto?*

No se había retirado al desierto por misantropía, porque despreciase el matrimonio, porque estuviese descontento con la sociedad, por escapar del reclutamiento militar obligatorio ni para no pagar impuestos. Esas eran las calumnias más corrientes, que trataban de neutralizar la fuerte voz del testimonio eremítico. No era ese su caso ni el de los demás hermanos de la pequeña colonia anacoreta.

El apa Pafnuncio había sido llamado al desierto por una mirada y por una voz; esa mirada y esa voz lo habían seducido. Sin ser visto, alguien había pasado por su tierra, lo había mirado fijamente a los ojos y le había dirigido una sola palabra: «Sígueme».

Había sucedido de repente, mientras estaba con los demás en la iglesia rupestre para celebrar el día del Señor. El anciano había leído el relato de Jesús pasando junto al lago, cuando, avanzando lentamente, vio primero a Simón y luego a Andrés. Pafnuncio cayó en la cuenta de que el Señor seguía pasando, y había llegado hasta él. Sintió su mirada, que penetraba hasta el fondo

de su mente y de su corazón y lo miraba precisamente a él. Se sintió encendido por pasiones contrastantes en un torbellino repentino e indistinto de temor y de júbilo. Luego oyó su voz. Era la voz del anciano que estaba leyendo la Escritura, pero era la voz del Maestro la que ahora se dirigía a él: «Sígueme».

Y él lo había seguido.

Se había ido en la flor de su juventud. Había dejado familia, casa, pueblo y amigos para seguir aquella voz, para seguir al Maestro. Él valía más que la familia y que la casa, que el pueblo y que los amigos. Incluso había dejado el Paraíso para venir a estar con él. ¿Qué era, en comparación, lo que Pafnuncio había dejado?

No lo había seducido el desierto, sino aquella mirada, aquella voz.

Ahora amaba el desierto, su interminable soledad, su profundo silencio. Lo amaba porque era un lugar de intimidad con Él, donde Él seguía mirándolo y hablándole.